

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA COMO DOCTOR *HONORIS CAUSA*
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. PAUL PRESTON

UNIVERSIDAD DE GRANADA

MMXXIII

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
DISCURSOS DEL ACTO DE INVESTIDURA DEL DOCTOR
HONORIS CAUSA D. PAUL PRESTON
Depósito Legal: GR. 902-2023
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada
Imprime: Gráficas La Madraza

Printed in Spain

Impreso en España

DISCURSO DE PRESENTACIÓN PRONUNCIADO POR
DON FRANCISCO COBO ROMERO
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA COMO
DOCTOR *HONORIS CAUSA*
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON PAUL PRESTON

Excelentísima y Magnífica Rectora
de la Universidad de Granada,
Ilustrísima Señora Secretaria General
de la Universidad de Granada,
Autoridades Académicas,
Claustro de Profesoras y Profesores,
Señoras y Señores

Sirvan, mis primeras palabras, para expresar los dos principales sentimientos que inspiran la presente Laudatio: satisfacción y agradecimiento. Satisfacción, por haberseme concedido el honor de pronunciar este breve discurso, que tan sólo pretende ser una sencilla glosa de las destacadas virtudes que adornan la trayectoria profesional del profesor Paul Preston, aspirando a resaltar sus excelsas cualidades académicas e investigadoras. También persigo el señalamiento de los principales hitos de su prolongada y fructífera carrera académica. Todos ellos se constituyen en episodios fundamentales de su dilatada labor de in-

investigación historiográfica en torno a diferentes aspectos, que deberemos considerar cruciales, de la reciente Historia de España. Y agradecimiento, por la potencialidad dilucidadora de la poderosa contribución historiográfica del profesor Preston al conocimiento de los factores que precipitaron el derrumbe de la experiencia democrática de nuestro régimen de la Segunda República. Sus luminosas reflexiones no solamente nos ayudaron a comprender los orígenes de la dictadura del general Francisco Franco, sino que, al mismo tiempo, nos sirvieron para definir los trazos más significativos de la personalidad del dictador y la huella indeleble que este último forjó sobre nuestro más inmediato pasado.

Paul Preston (Liverpool, 1946) inició sus estudios universitarios en el Oriel College de la Universidad de Oxford. Poco después se trasladó a la Universidad de Reading, donde cursó el Máster en Estudios Europeos. Regresó a Oriel College para ponerse a trabajar en la redacción de su Tesis Doctoral. Una vez finalizados sus estudios de doctorado fue contratado por la Universidad de Reading para desempeñar un puesto de Profesor Titular. Alcanzó la Cátedra de Historia en el Queen Mary College el año 1985 y desde 1991 es Catedrático de Historia Internacional en la prestigiosísima London School of Economics de la Universidad de Londres.

El profesor Preston ocupa la cátedra Príncipe de Asturias de Historia Contemporánea española y es, desde su fundación en 1996, director del Centro Cañada Blanch para el estudio de la

España contemporánea de la London School of Economics & Political Science (LSE). Educado en Liverpool y en la Universidad de Oxford, de 1973 a 1991 fue sucesivamente profesor de Historia en la Universidad de Reading; el Centro de Estudios Mediterráneos, en Roma; y el Queen Mary College de la Universidad de Londres.

El profesor Preston estudió en Saint Edward, una escuela católica altamente competitiva. Su esfuerzo e inteligencia propiciaron su admisión como becario en el Oriel College, de Oxford, esa extraordinaria universidad que, a pesar de la visible democratización experimentada durante la posguerra mundial, aún guardaba resonancias aristocratizantes para muchos jóvenes de su mismo origen social. En los años en que el profesor Preston comenzaba sus estudios en Oxford continuaba ofreciéndose una enseñanza particularmente centrada en la historia británica. Pero en sus nutridísimas bibliotecas Preston pudo leer sobre aquellos temas que más le interesaban: la historia cultural y política de la Europa de entreguerras y los orígenes de la Segunda Guerra Mundial.

Estimulado por una clara devoción hacia ese periodo de la historia europea, se incorporó, gracias a la obtención de una beca para postgraduados, a la Universidad de Reading. Allí fue alumno privilegiado del hispanista Hugh Thomas, conocido en España como el autor del libro pionero sobre nuestra Guerra Civil. Fueron, ciertamente, Hugh Thomas y, posteriormente, su admirado Herbert Southworth, quienes le acercarían a ese

universo en el que Preston vio colmados sus particulares intereses sobre el conocimiento del pasado histórico. La Guerra Civil Española constituía el privilegiado laboratorio, el escenario irrepetible donde se dieron cita las principales ideologías en pugna que terminaron precipitando en desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. En nuestra guerra civil española, una especie de miniatura del inmenso conflicto global que se avecinaba, estaban presentes el fascismo de Mussolini y Hitler, el estalinismo y el trotskismo, el nacionalismo, la iglesia, el anarquismo y la lucha agónica de un pueblo por la democracia.

Decidido a escribir su tesis sobre España y su guerra civil, retornó a Oxford en 1969 en busca de la dirección de otro gran hispanista, sir Raymond Carr, en Saint Antony's College, quien le orientó más bien hacia la Dictadura de Primo de Rivera y el maurismo. Comenzó a estudiar el tema, pero su vocación le volvió a inclinar hacia “el gran laberinto”: la guerra. Así que decidió prolongar su estancia de investigación en España apoyado en una beca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En su trayectoria y especialización, este brillante historiador, prolífico y comprometido, ha proyectado luz sobre algunos de los aspectos más cruciales y también más espinosos de la historia contemporánea española, particularmente en algunos de aquellos ámbitos que, al inicio de su carrera profesional, permanecían particularmente desasistidos o postergados. También ha estimulado con su producción historiográfica la apertura en nuestro país de espacios de reflexión y debate que han enrique-

cido nuestra cultura política democrática. Su obra, traducida a doce idiomas (incluyendo chino, japonés y ruso) y sujeta a numerosas reediciones, cubre prácticamente en su totalidad el siglo XX español. Su producción es abrumadora. Mencionaré tan sólo algunos de sus libros más significativos. El primero, basado en su tesis, es el documentado estudio *La destrucción de la democracia en España* (1978), donde rastrea los orígenes de la contienda civil ahondando en las fracturas surgidas durante el transcurso de la República. Se centraba en los conflictos políticos y sociales, trazaba la dialéctica de las relaciones entre los partidos de la izquierda y la derecha y responsabilizaba a una derecha crecientemente fascistizada de la deriva conspirativa que condujo al alzamiento militar y al desencadenamiento de la guerra. Un acercamiento más político articuló su obra *El triunfo de la democracia en España*, (1986) uno de los estudios pioneros sobre la Transición. En esos primeros años escribí también *La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo XX* (1997). Sobre todo profundizó en el que se convertiría en su tema más transitado: *La guerra civil española 1936-1939* (1987).

Fue en esos trabajos iniciales de historia política y social donde emergió su vocación por el género biográfico. La mencionada vocación guio los pasos que condujeron a la biografía de Franco, considerada internacionalmente como el retrato historiográfico más sólido del dictador, una biografía ampliada y reeditada con nuevo material entre 1993 y 2015. También se evidencia en la cuidada biografía del rey Juan Carlos, publicada

en 2003. Y de nuevo sucede en su más reciente estudio crítico sobre la vida y la apasionante experiencia política de Santiago Carrillo, significativamente titulado *El zorro rojo*. (2013). Preston también se ha ocupado de redactar biografías colectivas, como el minucioso retrato que elabora sobre los personajes de *Las tres Españas del 36* (1998), instalado sobre el denso relato de la azarosa vida de destacados políticos de la derecha, el liberalismo o la izquierda implicados en la guerra civil, y que le sirvió para enfatizar ese concepto fundamental de “la tercera España”; o las vidas de mujeres involucradas en los dos bandos de la contienda que fueron meticulosamente descritas en su libro *Palomas de Guerra*, (2001). Resta apuntar que por su libro *Idealistas bajo las balas* (2007) transitan los periodistas internacionales que vivieron la guerra en el frente o en la retaguardia.

La guerra civil constituye, indudablemente, su terreno más frecuentado desde diferentes perspectivas. En este sentido es un hispanista particularmente cercano y comprometido con la historia de España, con la que siempre se ha involucrado vigorosamente desde un posicionamiento democrático, progresista y reivindicativo. Una de sus creaciones capitales, dotada de un honda capacidad reflexiva, fue, sin duda, *El Holocausto español* (2011), donde profundizaba en la violencia desencadenada durante la guerra en ambos bandos y en la voluntad de exterminio del vencedor. Este libro clave, de controvertido título y contenido rotundo, provocó sañudas e interminables polémicas en nuestro país y fue finalista del prestigiosísimo premio internacional Samuel Johnson Prize. El final de la guerra, escrito el

año 2014, narra de manera magistral la tragedia humanitaria que resultó del choque entre tres protagonistas: Casado, Besteiro y Negrín, y constituye su obra más reciente en este campo. Entre sus últimas publicaciones merece ser mencionada su obra: *Un pueblo traicionado* (2019), una historia que aborda la corrupción en la política de España desde el siglo XIX, tema de indudable actualidad y honda raigambre histórica.

Tan sólo resta hacer mención a una de sus últimas obras, *Arquitectos del terror* (2021), una vibrante contribución a la explicitación de los cimientos culturales e ideológicos del pensamiento, furibundamente antimasonico y declaradamente antisemita, que nutrió el discurso descalificatorio de la experiencia republicana empleado por las derechas anti-liberales y el fascismo conspirativo.

Finalizaremos señalando, en una apretada síntesis, los principales méritos que, a nuestro juicio, convierten al profesor Preston en un dignísimo acreedor del reconocimiento como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Granada. Entre todos ellos, destacaría los siguientes:

1. En primer lugar, mencionaríamos su notabilísima contribución a la renovación historiográfica sobre aspectos decisivos de nuestra reciente historia contemporánea, tales como el derrumbe de la Segunda República, los orígenes de la guerra civil, el señalamiento de la importancia de la voluntad conspirativa contra la democracia republicana esgrimida incluso por

las derechas accidentalistas aparentemente comprometidas con ella –caso de la CEDA–, la reconstrucción del perfil biográfico del general Franco o el análisis minucioso de las violencias desencadenadas durante nuestro último y más cruento conflicto civil en ambas retaguardias. Insigne defensor de lo que podríamos denominar la “interpretación progresista de la II República española” y los orígenes de la Guerra Civil, el profesor Preston ha encabezado siempre una línea de argumentación historiográfica rigurosísima frente a las sucesivas interpretaciones revisionistas o neo-revisionistas en torno a esta crucial página de nuestra reciente historia. Por todo ello, el profesor Preston ha llevado a cabo, a lo largo de casi cuarenta años de profesión, una fructífera labor en la difusión y divulgación, a nivel global, de la historia reciente de España

2. En segundo lugar, haríamos hincapié en su ingente y voluminosísima aportación al conocimiento de la España del siglo XX a través de sus más de 30 libros, un centenar largo de artículos y numerosas contribuciones en forma de prólogos, capítulos de libros, comentarios periodísticos, documentales históricos o entrevistas en programas de televisión o radio. Gracias a su ingente aportación a la valoración de la infinita tragedia significada por nuestra guerra civil, la firme voz del profesor Preston cooperó a la edificación de una visión, ecuánime y desapasionada, sobre los principales responsables del derrumbe de la democracia republicana, o en torno a las desaforadas violencias desatadas en las dos retaguardias enfrentadas durante la guerra civil.

3. Por último, cabría señalar su excelente ejecutoria en la dinamización de los estudios de alto nivel sobre la historia del siglo XX español y su capacidad para fomentar el diálogo entre distintas escuelas historiográficas, contribuyendo a la formación académica de varias generaciones de brillantes investigadores y especialistas en la historiografía española reciente. Desde la dirección del Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies el profesor Preston ha dirigido decenas de magníficas Tesis Doctorales, convirtiendo la mencionada institución académica, que forma parte de la prestigiosa London School of Economics, en un activo y vivacísimo centro internacional, en cuyo seno se han llevado a cabo debates historiográficos y discusiones académicas de un hondo calado.

Considerados y expuestos todos estos hechos, ruego encarecidamente que se otorgue y confiera al Profesor doctor Paul Preston el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Granada.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. PAUL PRESTON
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO
DOCTOR *HONORIS CAUSA*

Excelentísima Señora Rectora Magnífica
de la Universidad de Granada,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades Académicas
y Miembros del Equipo de Gobierno
de la Universidad de Granada,
Claustro de Profesoras y Profesores,
Queridas y Queridos Colegas,
Señoras y Señores,
Amigos y Amigas.

La concesión del Grado de Doctor Honoris Causa es, sin duda, una alta distinción y me siento, por ello, sumamente honrado y feliz por este reconocimiento tan prestigioso que me brinda la Universidad de Granada. Una universidad cinco veces centenaria.

Es por ello que quiero manifestar, en primer lugar, mi gratitud por esta distinción en esta universidad, en esta ciudad, en esta región y en España, unos lugares que, aunque hoy no me encuentre en ellos como hubiera sido mi deseo, tienen una importancia primordial en mi vida tanto académica como personal como intentaré demostrar. Pero antes, mi mayor agradecimiento a la Rectora Magnífica de la Universidad de Granada, Da. Pilar Aranda Ramírez, al claustro y a los diferentes estamentos de la Universidad de Granada por conferirme este honor tan apreciado.

En segundo lugar, tengo que expresar también mi agradecimiento a la Facultad de Filosofía y Letras y, muy especialmente, al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada que me ha propuesto para recibir este doctorado, y particularmente a mi padrino, el profesor doctor Francisco Cobo Romero. Parece que el profesor Cobo Romero sabe mucho de mí, incluso unas cosas que yo mismo había olvidado. La Laudatio inmerecida que ha pronunciado me ha traído a la mente las colaboraciones que hemos tenido desde que él se incorporó en 1996 al Centro Cañada Blanch de la London School of Economics para pasar una temporada como investigador trabajando sobre el fascismo a nivel internacional. El profesor Cobo Romero, ha sido el más distinguido de los historiadores que han venido desde Granada a trabajar conmigo y fue el comienzo de una colaboración fructífera durante muchos años hasta la actualidad.

Debo comenzar confesando que España, Granada y su Universidad tienen mucha importancia en mi vida. Aunque comencé mi relación con España a finales de los años sesenta, no conocí Granada hasta un par de años después, cuando establecí mis primeros contactos con su Universidad. Mientras estaba comenzando mis propias primeras investigaciones de doctorado entre Oxford y Reading, tuve la suerte de trabar una amistad vitalicia con Ian Gibson, que cimentó un interés igualmente vitalicio en la historia de Granada. La versión de Ruedo Ibérico de su libro sobre el asesinato de Federico García Lorca fue uno de los primeros libros que leí en español. Y a lo largo de mi carrera, he ido profundizando en mis propios estudios sobre Lorca, tanto en mi libro El holocausto español como en mi libro más reciente Arquitectos del terror en el cual indagué en la hostilidad hacia el poeta del general Gonzalo Queipo de Llano y del poeta reaccionario José María Pemán.

Mi primera experiencia de la ciudad, fue en 1971 en los días en que un tren de Madrid tardaba doce largas horas nocturnas. Vine de la mano de un gran amigo granadino, Jerónimo Gonzalo Rubio, hijo de David Gonzalo Maeso, el distinguido catedrático de Lengua y Literatura Hebraicas de esta Universidad de Granada, a quien tuve el privilegio de conocer en su despacho. Posteriormente, he tenido la oportunidad de visitar de nuevo Granada y su Universidad, como profesor invitado para pronunciar conferencias o participar en tribunales de doctorado.

Mi conexión con Granada se consolidó a causa de mi propia estancia en la London School of Economics donde tuve la posibilidad de invitar a varios colegas y jóvenes investigadores españoles a pasar temporadas trabajando conmigo en Londres. Así, a lo largo de los años, pude establecer una buena relación profesional con historiadores contemporáneos de la Universidad de Granada como Francisco Cobo Romero, Lidia Bocanegra Barbecho, Claudio Hernández Burgos, Miguel Ángel del Arco Blanco y Teresa María Ortega López. A estos nombres tengo que sumar el de otros miembros de esta área de conocimiento, profesores o estudiantes de doctorado, que visitaron en los años siguientes el Centro manteniendo vivo mi vínculo con la ciudad de Lorca y reforzando la relación y colaboración entre nuestras dos Universidades.

Como no podría ser de otra manera, un elemento de mi interés por la región viene dado en mi caso por elementos menos gratificantes, como los que nutrieron mis estudios sobre las causas, el curso y las consecuencias de la guerra civil española. Cuando hice mi tesis doctoral, publicada posteriormente como *La destrucción de la democracia española*, Granada constituía un estudio local de la intensificación del conflicto social durante la Segunda República. Luego, al centrarme sobre la violencia contra los civiles durante la guerra y después en mi obra *El holocausto español*, el sufrimiento del pueblo granadino figuraba sustancialmente. Mientras confeccionaba aquel libro, pude contar con la generosa colaboración de unos magníficos historiadores locales expertos en el tema, como Mercedes del Amo, Miguel Caballero Pérez, Claudio Hernández Burgos, Manuel Titos Martínez y Francisco Viguera Roldán.

En dicho libro, traté de múltiples temas que afectaron a la Granada de la época: el anticlericalismo y la violencia en la primavera de 1936 y durante la guerra civil, el fracaso del golpe militar en 1936 y la represión en la ciudad y la provincia a manos de ambos bandos. Por ejemplo, mientras la provincia estuvo bajo control republicano, cerca de 945 derechistas fueron asesinados y algunos de ellos torturados. Cuando la ciudad cayó el 20 de julio en manos de las fuerzas rebeldes, pocos republicanos pudieron escapar. Entre muchos casos de venganza y mezquindad debidos a Queipo, tuvo lugar el 14 de agosto el consejo de guerra al general Miguel Campins. Campins fue juzgado en Sevilla por “rebelión” y ejecutado por un pelotón de legionarios el 16 de agosto. Al parecer Franco envió varias cartas en las que solicitaba clemencia para Campins, pero Queipo las rompió. El trato brutal dispensado a Campins ponía de manifiesto la crueldad gratuita de Queipo sobre Granada. En total se ejecutaron más de cinco mil civiles en la ciudad. A lo que hay que añadir asesinatos en los paseos extrajudiciales y en los malos tratos recibidos en prisión. Esta otra historia mía con Granada no es, obviamente, tan idílica como la narrada con anterioridad y se sumaba, tristemente, al gran mosaico de dolor que supuso la guerra civil y que yo quise reconstruir.

Pero este recorrido que he hecho de mi relación con Granada no responde a la pregunta que se me hace con frecuencia en España, o sea ¿cómo hice el viaje desde un barrio obrero de Liverpool no solamente a Granada sino a dedicar mi vida profesional a la historia de España?

Tuve la suerte de ganar una beca para estudiar historia en la muy elitista Universidad de Oxford. Al entrar en Oxford no tenía ni idea de lo que sería mi vida posterior, no me fui pensando que iba a ser profesor de universidad o historiador profesional. Abundando en lo que dijo mi padrino respecto a lo que suponía ingresar en Oxford, la mayoría de los estudiantes hablaban una variante del inglés que se llama el inglés de la Reina o antes el inglés de la BBC. Se dice que hay dos idiomas que se hablan en Inglaterra. Por un lado, está el normando, el lenguaje uniforme y excluyente de las clases acomodadas, la gente educada en los colegios privados, que como ejemplo de la exclusividad de la casta, se llaman escuelas públicas. El otro es el anglosajón, el idioma hablado por la gente rasa del cual hay montones de variantes regionales: y ese era el mío, el variante de Liverpool, que, junto con el agudo sentido de humor de la zona, se asemeja a la malafollá granaína.

Dejando de lado el problema social de convivir con estudiantes que tenían coches deportivos, tampoco me sentía a gusto con una carrera en la cual había pocas oportunidades de seguir mi interés en la Historia Contemporánea. Esta carencia la compensaban unas bibliotecas extraordinarias y la posibilidad de asistir a las conferencias de grandes maestros como Isaiah Berlin. Además, muchos profesores decían con un desdén olímpico que la historia contemporánea era ‘trabajo de periodistas’. Sin embargo, la historia contemporánea era mi gran interés y, muchos años después pude hacer un libro en homenaje a los corresponsales extranjeros que vinieron a España durante la guerra civil y que escribieron el primer borrador de la historia del conflicto.

Antes de ir a Oxford, trabajé durante un año en varias cosas. Trabajé en un supermercado llenando las estanterías y también en una dependencia de correos. Ahora, en Gran Bretaña, es muy corriente tener un año libre antes de acceder a la universidad. Un año destinado a madurar, en el que muchos van de viaje para conocer el mundo o para trabajar con una ONG a África. Esto en inglés se llama ‘gap year’ o ‘año intervalo’. Antes no había nada de eso pero, en cambio, existía la posibilidad de trabajar en un instituto como profesor ayudante. Yo trabajé en una escuela en un barrio obrero “duro” de Liverpool del que salieron varios futbolistas famosos, como Wayne Rooney. Creo que fue una experiencia muy útil para mí. En ese recinto había tanto una escuela primaria como un instituto secundario. Yo trabajaba en ambos, pues era el suplente para cuando faltaba alguien. Esto hace que tal vez haya sido uno de los pocos profesores de universidad que ha trabajado desde primaria, secundaria y a todos los niveles de la universidad. Y creo que eso me ha ayudado muchísimo para entender lo importante que es que las clases sean claras y entretenidas. A fin de cuentas, la enseñanza no es más que una rama menor del ‘show business’, o sea, el mundo del espectáculo. Toda esa experiencia ha nutrido mi convicción de que es importante que la historia escrita sea clara y amena. No creo que haya nada que no se pueda expresar claramente.

Volviendo a mi interés por la historia contemporánea, cuando se acercaba el final de mi carrera en Oxford ya había decidido que quería hacer un doctorado, aunque seguía sin idea de lo que quería ser después. Si me iba a quedar

en Oxford y hacer algo de Historia Contemporánea, con un tema de los años treinta, siendo alguien sin dominio de idiomas, la única posibilidad habría sido investigar un asunto de la política exterior británica y algún problema diplomático. A la sazón, no sabía nada de España y, por supuesto, tampoco sabía español. Había estudiado latín y sabía algo de francés pero, aunque quería estudiar algún aspecto de historia internacional, no me atraía mucho la historia francesa.

Afortunadamente, me tocó la suerte de ganar una beca en la Universidad de Reading para hacer una maestría sobre la historia contemporánea europea. Mejor aún, en Reading, tuve la posibilidad de estudiar con Hugh Thomas, un profesor que funcionaba maravillosamente en pequeños seminarios. Hacía el papel de gran excéntrico inglés y era muy divertido, un buen ejemplo de alguien que entendía la necesidad de hacer aprender al estudiante sin que se diera cuenta a través de unas clases amenas. Estudiar con Thomas me encantaba intelectualmente. Su propia manera de contar la historia también me atraía: viva y clara. Rápidamente llegué a agotar todos los libros existentes en inglés sobre el tema de la guerra civil española y me di cuenta que tenía que aprender español.

Lo hice primero por mi cuenta, de lo que dicen es la peor manera de aprender un idioma. Es decir, leyendo un libro con un diccionario. En mi caso Los partidos monárquicos bajo la segunda República de Santiago Galindo Herrero. Las deficiencias de ese método las pude subsanar al conocer a un grupo de estudiantes colombianos en el bar estudiantil. Luego

pasé una temporada en un pueblo andaluz donde no se había visto antes un inglés intentando aprender español y venían los oriundos a verme cada día desayunando en la plaza para ver si había avanzado algo. Respecto a esta visita, y cientos de otras realizadas a diferentes partes de España, tengo que decir que, quizás porque he tenido tantas experiencias lingüísticas muy desagradables en Francia, recuerdo con emoción el calor tan diferente con el cual la gente recibió mis esfuerzos de principiante del español. Desde el primerísimo momento me encontré como si estuviera en mi casa. Cuando dominé bien el idioma me chifló el sentido de humor español, tan semejante al humor del norte de Inglaterra. Como se ve, también me encantaba la cocina española, que ha sido mi perdición.

Después de hacer el Máster en Reading, volví a Oxford para hacer el doctorado sobre los orígenes sociales de la guerra civil. Estando allí, me pasó algo muy importante. Se publicó un artículo mío en una revista señera y el profesor Thomas me convenció de que tenía que enviarle un ejemplar a Herbert Southworth, el gran historiador excéntrico americano, lo que hice con auténtica trepidación por su fama de gran inquisidor. Durante la guerra civil, Southworth había trabajado para la República española en Nueva York en una agencia de noticias. Después, dedicó gran parte de su vida al estudio de la guerra civil, llegando a ser autor de obras clásicas como El mito de la cruzada de Franco y La destrucción de Guernica. Como consecuencia de su recibimiento cordial de mi separata, comenzó una relación más bien filial con él. Aprendí mucho de él, empíricamente, teóricamente y, sobre

todo, humanamente, hasta tal punto que Herbert se convirtió en la más importante inspiración de mi trabajo. Sin embargo, quizás la lección suya más importante no la aprendí hasta su muerte. Aquella lección fue muy sencilla, fue que tanta sabiduría desaparece con la muerte del sabio. Por lo tanto, siempre he hecho un esfuerzo para estar disponible, todo lo posible, para los alumnos y los lectores.

Descubrí casi por accidente que tenía cierta vocación de biógrafo. Cuando hice mi tesis, una cosa que me fascinaba era el papel de los individuos. Si alguien me hubiese preguntado cómo me definiría a mí mismo, habría dicho como historiador social. Lo que pasa es que siempre me fascinaban la relación y la interacción entre los individuos y los grandes movimientos históricos. En *La destrucción de la democracia*, me centré mucho, en la parte sobre el PSOE, en la relación entre Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro, y sus secuaces, y dentro de la CEDA, la relación entre Gil Robles y quienes le seguían, las luchas entre la gente moderada de la CEDA como Manuel Giménez Fernández o Luis Lucía y los duros, como Cándido Casanova y otros muchos. Y también, cuando hice *El triunfo de la democracia*, puse mucho énfasis en el papel de individuos como Santiago Carrillo, Felipe González, el Rey Juan Carlos, Manuel Fraga, Adolfo Suárez, etc. Siempre he estado más a gusto escribiendo sobre individuos, pero nunca habría pensado que eso significara que yo tenía vena de biógrafo. Cuando acepté el encargo de hacer el libro sobre Franco, hacia el año 1982, empecé a trabajar con cierta renuencia. En Inglaterra me presionaban: decían

que siendo hispanista, debía ocuparme de su figura pero yo tenía la impresión de que la personalidad de Franco era tan aburrida, tan odiosa, que no me interesaba. Sin embargo, una vez que empecé, me di cuenta de que me enganché. Franco era, personalmente hablando, un enigma, con aspectos bastante cómicos: un hombre que pagaba a un alquimista y a un tramoyista que le ofreció confeccionar un polvo que disuelto en agua creaba el petróleo, que pensaba que Juan XXIII era masón o que el Papa Pablo VI era bolchevique, o que el mundo estaba regido por un superestado masónico que no se sabía dónde estaba o en la luna o debajo del Atlántico y al cual obedecían los gobiernos de Washington y Londres.

Posteriormente, a mi pesar, me involucré en el proyecto de escribir una historia de España desde la primera República hasta la actualidad. Con la esperanza de hacerlo más interesante para mí y para el futuro lector, decidí abordarlo con la perspectiva de una temática triple: la corrupción, la incompetencia política y las divisiones sociales que se derivan de los dos primeros temas. Ha sido casi como escribir la historia del Brexit y, cómo el Brexit es una fuente de perplejidad y desasosiego. Con este tema, he tenido que abandonar temporalmente mis aficiones biográficas aunque he aprendido mucho de ciertas figuras como Antonio Maura, Francesc Cambó y el general Miguel Primo de Rivera. Todavía estoy lejos de llegar a conclusiones finales sobre el misterio central, o sea, por qué un país, sea España o Gran Bretaña, adquiere una clase política incompetente e indiferente al interés nacional.

Cuando empecé mi carrera de historiador, todavía albergaba esperanzas de seguir leyendo todo lo que salía de historia italiana, rusa, alemana, inglesa etc., pero poco a poco y por la avalancha de cosas que salían sobre España me iba especializando cada vez más. Hasta el punto de que realmente lo único de que sé algo es de la historia contemporánea de España. A veces mi mujer me dice: “¿Por qué no vamos a la India?” Y yo le contesto: “Es que hay trozos de España que aún no conozco”. Como digo muchas veces a mis alumnos: en esta vida se puede saber muchísimo de poco o poquísimo de mucho y les pongo el ejemplo de la mesa. Esta mesa es la historia del mundo, de ahí hasta aquí es el paso de los años, la cronología, y de aquí hasta ahí es la geografía. Todo eso es el mundo. Hay quien conoce toda la mesa pero solamente hasta el nivel del barniz. En cambio yo, ese nudo de aquí lo conozco hasta el sótano. Es una elección que creo que cada historiador toma.

Con este breve recorrido por mi vida, he ido acercándome a Granada y a esta Universidad. Soy muy consciente, Señora Rectora, del alto honor que me hace usted y el claustro de esta Universidad de Granada, y del privilegio de poder considerarme de ahora en adelante una pequeña parte, un miembro más de esta comunidad universitaria. Muchas, muchas gracias.

